

FEBRERO

P O R G I M E N E Z C A B A L L E R O

El primer Ministerio de La España Nacional-Sindicalista jura sus cargos.

Todo el poder militar político y económico en manos del Führer.



RECUERDO que desde niño, al estudiar la gramática, me dieron siempre mucha ternura aquellas vocales sobre las que nunca recaía el aliento fundamental de la palabra: *el tono*. ¡Las pobres vocales átonas! Vocales—las átonas—enfermizas, imprecisas, desalentadas, prescindibles, como si aún el cordón vital y materno que unió mi nacimiento a ese mes, no se hubiese cortado y mis entrañas siguieran saturadas de olor a cosechas y espigas, enardecidas de soles frenéticos, de mesetas reverberantes, de ansias de guerra y de amor, con vuelos de alcotanes, y largas horas densas y dulces, de siesta.

Febrero: es el mes *átono* por excelencia, dentro de la expresión total del año. Por eso le he tenido tanta ternura —no sé por qué instintivamente y desde niño.

No es que yo le adore. Yo adoro mi mes, el viril mes en que nací: agosto. El mes que al llegar amniamalmente, y rozar el signo del León bajo el Zodiaco, noto que roza también mi sangre y me religa a los orígenes de mi vida y me potencia y me exalta y me desborda, como si aún el cordón vital y materno que unió mi nacimiento a ese mes, no se hubiese cortado y mis entrañas siguieran saturadas de olor a cosechas y espigas, enardecidas de soles frenéticos, de mesetas reverberantes, de ansias de guerra y de amor, con vuelos de alcotanes, y largas horas densas y dulces, de siesta.

Quiero mucho también al mes revolucionario de octubre. Con sus vendimias de vino y de sangre. Quiero a los meses rotundos de Navidad. Y a los meses tónicos, acentuados, claros y precisos de la Primavera. Pero febrero... ¡Ese mes atónico, misterioso, prescindible y alucinante...!

Febrero... ¿Quién es febrero? Quien sea febrero yo no lo sé. Sólo sé que también desde niño presentía con febrero: algo. Algo que melleaba como de terror y de dulzura inmensa al mismo tiempo. Yo no podía saber que en ese mes iba, uno de sus días, a nacer mi primera hija. Por eso desde entonces, febrero significó ya para mí un cumpleaños filial y estremecedor. Desde entonces ese mes tiene para mí batallas secretas donde mi angustia de padre lucha contra cualquier mala estrella de febrero que pudiera gravitar sobre mi hija y arrastrarla en su sino.

¿Es febrero un mes fatal? Cada mes tiene su hado dentro del año. Febrero posee en su mirada, como un poder fatídico de mujer.

Mes femenino: romántico. Inacabado y delirante. Con locuras de carnaval y ayunos de cuaresma. Mes de muerte y de siembra. Que sueña a arrebatos. Y fiebre de vals. Mes febril. Quizá haya sido la *Fiebre* quien diera nombre a *Febrero*.

Mes sin edad nunca justa. El mes que se quita la edad, arbitrariamente: como las mujeres. ¿28? ¿29?...

¿Es joven o es viejo febrero? ¿Con candor de doncella o gravidez de matrona?

Ya en los milenarios cómputos lunares de que habla la Biblia había meses plenos y meses menguantes, insuficientes.

Febrero— que no tenía entonces nombre— era el típico mes insatisfecho. Por eso los griegos—con su generosidad matemática y astronómica— regalaron a febrero días epagómenos, como quien regala joyas a una mujer ambiciosa y evita que la fiesta total del año termine en escandaloso desbarajuste.

En realidad febrero no existió por sí mismo, hasta la ordenación cesárea que Roma hizo sobre el Tiempo, como lo había hecho, con su imperio, sobre el Espacio.

Hasta la reforma juliana del gran Julio, el César—el año 46 antes de Cristo—el año terminaba en febrero y empezaba en marzo. Teniendo, por tanto, febrero, cara de viejo, barba blanca de San Silvestre, carracas, alegría y borracheras de año que se va. Era un falso diciembre. Porque sólo diez meses se contaban en el calendario antejuliano.

Pero a partir de entonces, febrero pasó a ser, en vez de un mes de Año Viejo, un mes de Año Nuevo.

Un mes, en que la vida todavía virgen permitió poner y quitar días, utilizar sus servicios: como los de una moza en la hostería, como los de un comodín en los naipes, como los de una cantidad imaginaria en una contabilidad.

Febrero, se convirtió en el mes que iba, desde entonces, a hacer los años: bisiestos. Que los añadiría o quitaría duración. Y así pasó febrero de ser el mes más loco e irracional —a ser un mes— clave, con misión secreta dentro del calendario.

Por lo que, desde esos tiempos romanos, febrero mucho más que enero, es el mes de Jano, el mes con las dos caras. Una: de anciana que mira al pasado, al frío, a la nieve, a diciembre, a las aguas de Neptuno. Y otra: de doncella que sonríe al porvenir, a la tibieza de un aire hendido de pájaros, a las flores que van a abrirse sobre las tierras sembradas, a la primavera anhelante de la tierra, del cielo y del mar.

Desde entonces es febrero el mes del recuerdo y el mes de la promesa. De la penitencia cuaresmal y del adviento de Pascua. De la Ceniza en la frente y de la primera casulla rosa en la Santa Misa. De la *Carne*

que vale ¡Carne val! y de las *Carnes tollendas*, de las carnes suprimidas y el ayuno: el *Fastnacht*. Mes litúrgico como ningún otro.

Centro del año cristiano. Sólo existen dos grandes épocas divinas: la de nacer Dios y la de morir Dios: el Ciclo de la Natividad y el Ciclo de la Pasión.

Por eso febrero —mes de tránsito litúrgico entre el Adviento y la Resurrección—, arrastra en sí todavía un eco de villancico, un destello de epifanía, un delirio de fraternidad humana ante el Salvador de todos los hombre recién nacido. Y por otra parte, febrero ya presente con su color morado y sus entierros simbólicos del miércoles de ceniza el Calvario del drama pascual próximo a advenir.

Epoca en que la pandereta noélica se hace cascabel de Carnaval... ¡Carnaval! Ningún carnaval más atroz podré yo recordar en mi vida como el que presencié en el año que acaba de morir —el 1938—entre los escombros fantasmales de Teruel recién liberado. La tropa, enloquecida de triunfo, de noches negras y heladas, de olor a cadáveres y piedras humeantes, cruzaba las calles deshechas, entrapajada de girones de baules desventrados, con sombreros de Rusia, con tiznes de pólvora y de sartén. ¡Qué horror inolvidable! Por eso, cuando amaneció sobre la batalla de Teruel—a los pocos días, y se preparó el avance del Alfambra ¡qué paz y penitencia ver aquellos campos de lucha y de cañón, el gesto eterno del labrador que volvía a sembrar la sa ngre hecha pan, en una eucaristía española!

Porque febrero —tan loco y frenético— tiene ese secreto materno de la *semilla*. Es el mes para sembrar gravidanzas sobre la madre tierra. Tiene regazo de esposa recién casada. Las simientes de los prados es cuando deben enterrarse. Y plantar las higueras, los nogales, los granados. Y es cuando arraigan en los bosques el pino piñonero, los fresnos, las hayas, los olmos y los bojés de los romerales.

Es el mes para hincar sémenes que desafíen los malos tiempos fríos: los sémenes duros de la almendra. Febrero es el mes doméstico y dulce de los hortelanos. Bueno para las acelgas, las papelinas, las coles genovesas, las escarolas y el perejil.

En los jardines, febrero protege el nacimiento de las flores más bellas y finas del año: las flores de nieve, los crisantemos, los gladiolos, los lises, los ceilanes y los lirios de San Antonio. Y es en febrero cuando se desfilan las violetas, las marialuisas y las lilas.

Sí: Febrero, Febrerillo con su mirada de virgen loca, nubil y carnavalesca —tiene ¡quién lo dijera! ese misterio maternal de la semilla que lo transforma en un mes de Ave María con gracia plena: en un mes de Anunciación.

En febrero no sólo se estremece la tierra al sentir en sus entrañas el fruto bendito de árboles, frutos y rosas; también el inocente mundo de los animales sabe en febrero de esa divina reproducción. Es el mes cuando las ovejitas y las cerditas paren sus más sabrosas crías. Cuando hay que cuidar más que a nodrizas las ubertosas vacas de leche, cuando pavas y gallinas sienten la querencia caliente de empollar. Cuando a los machos inútiles se les castra. Y hay que castrar y podar los árboles en sus miembros no fecundos.

Mes * locura y de sabiduría. De frío y de sol. Con noches de nieve y de luceros. Con gorriones helados y cuando, según el refrán «Ya en febrero busca la sombra el perro». Mes que con una mano se defiende de las espadas del cierzo. Y con otra edifica ya la primavera.

Mes revolucionario—*pluvioso y ventoso*— como le llamaron los del 89. Y al tiempo mismo, mes de plantaciones, de basamentaciones.

Por eso al mirar los acontecimientos históricos del año 1938 que acaba de morir—como si mirara a un horóscopo— contemplé en febrero tres sucesos con halo sibilino: en la lejana y querida Alemania, Hitler, ese mes, en medio de todas las acometidas invernales de Rusia y de Francia, asume todo el poder y estructura definitivamente su partido, con tal semilla de resurrección que ya se ve a lo lejos la primera de su triunfo checoslovaco: su *Erwache Deutschland* ¡como nunca!

Vi también en febrero: el gesto del Duce, vigilando a Oriente y Occidente.

Y ví en febrero—la formación del primer Gobierno del Caudillo. Cuando—deshechos los temporales guerreros de Teruel y desviadas las malas aguas subterráneas de la política—Franco empuña, además de la espada de guerra, el Cetro de mando del Gobierno.

Ninguna imagen mejor de febrero que aquel recuerdo español nuestro. El invierno de Teruel, vencido. Clamores de resurrección y vítores por las calles. Y un parón de penitencia—¡febrero!—para preparar el avance del Alfambra y la llegada al mar el Viernes Santo.

Entre Navidad y Viernes Santo—del Adviento a la Pascua—se ganó el año pasado ya la guerra. Y febrero, en medio, como un puente—cumplió una vez más en los siglos, su consigna de preparar con locuras y honores, el advenimiento de una primavera esperada por cielo, tierra y mar.